

«Los demás caballos nos miran y
relinchan con todas sus fuerzas como
si confirmasen mis sentimientos.
Animada por ellos, extendiendo la mano
para agarrarle del cabezal».

Mi caballo

Genki Kawamura
Mi caballo

Traducido del japonés por Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés



Alianza Voces

Título original: *Watashi no uma*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de cubierta: © Sikandarphotographar/Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Watashi no uma © 2024 Genki Kawamura. All rights reserved.

Publication rights for this Spanish edition arranged through Kodansha Ltd., Tokyo.



KODANSHA

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2026

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-300-6

Depósito legal: M-10504-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

I

Hay un caballo en mitad de la carretera.

Aprieto los frenos medio oxidados del escúter rojo con todas mis fuerzas. Las ruedas se adhieren al asfalto, tan caliente que parece a punto de fundirse. Apesta a goma quemada.

A un lado de la carretera hay un concesionario de coches de segunda mano donde ondean banderines de anuncio medio descoloridos; al otro, el edificio de un *pachinko* clausurado de donde han retirado incluso los carteles luminosos y, en medio, el cuerpo negro azabache del caballo.

Coches, camiones de gran tonelaje, autobuses y motos que hasta apenas un momento circulaban por ahí se han detenido y no dejan de hacer sonar los cláxones, pero todo ese ruido apenas se antoja una ligera brisa a oídos del caballo y el animal, que me dobla en altura, y mira tranquilamente de un lado a otro.

Sus resplandecientes pupilas negras se fijan en mí. Son de un negro melancólico que transmite una sensación de añoranza. No entiendo la razón, pero se me escapa un suspiro. Una gota de sudor me resbala desde la frente, recorre el cuello mo-

reno y termina por mojar el cuello de la camisa desgastada. El caballo, en mitad de la carretera, no aparta la vista de mí y, para confirmar que no he perdido el juicio, elevo las comisuras de los labios y me digo que estoy bien porque todavía soy capaz de sonreír.

El caballo se acerca dos o tres pasos. El corazón me late cada vez más aprisa, golpea intensamente los tímpanos, pero se superpone el ruido de los cascos del animal al golpear el asfalto y noto su olor, mezcla de leche y hierba seca.

En ese instante levanta la vista al cielo y relincha, como si me avisara de que no es una ilusión. Aparecen entonces cuatro hombres vestidos con las mismas chaquetas de nylon y lo rodean. El caballo se pone de manos sin dejar de resoplar violentamente. Se balancea a la derecha, luego a la izquierda. Parece un paso de un refinado baile ejecutado con sus poderosas patas musculosas y perfectamente proporcionadas. La agitación del animal cesa tan pronto como los hombres consiguen ponerle la cabezada.

Los hombres con chaquetas de nylon le conducen hacia un camión de transporte parado junto al semáforo situado un poco más adelante, mientras los vehículos empiezan a circular de nuevo. Sube la rampa dócilmente, con una actitud opuesta a la que tenía tan solo un minuto antes y, tan pronto entra en la caja y cierran las puertas, el camión se pone en marcha para girar despacio a la izquierda, en el cruce donde hay un *sarakin*¹ y un *convini*² con luminosos color azul claro.

En la caja del camión que se aleja alcanzo a ver algo escrito: «Centro hípico Mugikura». Incapaz de apartar la vista de

1. Oficinas de préstamos rápidos.

2. Tiendas a modo de pequeños supermercados abiertas las veinticuatro horas.

las letras descoloridas veo al caballo asomar la cabeza por el ventanuco cerca del techo. Una vez más vuelve a dirigir hacia mí sus pupilas negras, como si me absorbiera con ellas: «Te he encontrado».

Tengo la impresión de que me ha hablado, de que es capaz de leer mis pensamientos.

Voy en bicicleta por la calle ancha del recinto de la fábrica bajo un sol abrasador. «La seguridad lo primero. Orden y limpieza». Cuando dejo atrás el cartel donde están escritas en grandes letras rojas las normas más importantes de la compañía, veo una nave enorme con grandes caracteres impresos: «Juntos hacia los mares del mundo». En una esquina de ese recinto del tamaño de un campo de béisbol veo un destello seguido del chirrido del corte de un tubo de acero largo. A mi lado está Miu Unosawa. Es una compañera más joven que pedalea con el ceño fruncido y sin dejar de quejarse: «¡Qué calor! ¡Me voy a tostar!». La misma queja se repite todos los días, pero tanto su cara como los brazos o los muslos que asoman bajo la falda de tubo se ven tan perfectamente blancos que casi resulta extraño. Lleva un chaleco de cuadros y debajo una camisa de manga corta; parece una chica de instituto con esas facciones de niña. Se ríe de sí misma cuando dice que se parece a una de esas de no sé qué 48³, pero no demuestra la más mínima consideración hacia mí, que voy vestida igual y que tengo dos décadas más encima.

De pronto, veo una sombra delante de mí y levanto la vista. Una plancha de acero roja de una de las cuadernas del fondo del carguero eclipsa la luz del sol. Se parece al cadáver de una

3. Se refiere al grupo musical femenino AK48.

ballena gigante que he visto en la tele no sé cuándo. Las piezas del barco se fabrican en las naves alineadas unas tras otra y las transporta por una grúa de más de cien metros hasta el dique seco donde se ensamblan.

El barco de carga a granel para transporte de minerales encargado por un armador griego está a medio construir. Una vez terminado, la eslora superará los trescientos metros. El jefe del proyecto asegura que tendrá casi el mismo tamaño que el edificio de la estación de Tokio.

Me gradué en la universidad en una licenciatura de dos años, empecé a trabajar en el astillero y ya han pasado veinticinco años desde que me destinaron a la administración de los talleres. Al principio tenía miedo. Es interesante construir cosas tan enormes, pensaba yo. De hecho, me parecía que superaban la escala permitida a los humanos. Me recordaba a las historias del Antiguo Testamento de las que mi madre me hablaba tiempo atrás. Dios se enfadaba con los hombres por su empeño en construir una gran torre que los acercase al cielo, y los castigó confundiéndoles con infinitud de lenguas. Después ya no pudieron comunicarse entre ellos y la construcción de la torre hubo de ser suspendida. A partir de ese momento los humanos se dispersaron por el mundo y empezaron a hablar lenguas diversas. ¿No nos pasaría lo mismo a nosotros en el astillero?

No obstante, después de unos pocos meses aquí, tan pronto se entiende el sistema de construcción naval, se da una cuenta de que, en realidad, no hay tanta diferencia respecto a la construcción de una maqueta de plástico, solo que aquí las piezas son mucho más grandes. Cuando lo comprendí me sentí muy aliviada porque pensé que así no íbamos a despertar la ira de Dios. Me hubiera gustado hablar de todo esto con al-

guien del trabajo, pero nadie parece especialmente dispuesto a escucharme.

Tras ocho minutos de trayecto entre bidones desordenados y planchas de acero llenas de agujeros de donde han sacado distintas piezas, atisbo en la distancia otro carguero en construcción en otro de los diques secos. El barco, del tamaño de un edificio de veinte plantas, presenta la quilla y las cuadernas como si lo hubieran cortado en rodajas. Nosotras dos nos bajamos de la bici justo delante del taller de planchas.

Llevamos cuarenta y dos cajas de *bento*⁴ repartidas en los transportines de las bicis a ese taller donde planchas de todas las formas y tamaños parecen conformar un puzle.

Nada más atravesar una cortina de vinilo ennegrecido noto un olor agrio y me empieza a sudar la frente. Seguro que aquí dentro hay más de cuarenta grados. Me apresuro porque la comida se puede echar a perder rápido por culpa del calor.

—¡Miu-chan⁵! ¿Qué nos traes hoy de comer?

En cuanto los obreros la ven dejan lo que tienen entre manos para acercarse a ella. Las pesadas suelas de las botas de seguridad chocan con el suelo y hacen un ruido molesto.

—Pues... *Chicken namban*⁶ y caballa cocida en salsa de miso.

—Suená bien.

—¿A que sí?

Miu solo lleva dos años en la empresa y ya se tutea con todo el mundo. Extrañamente, no parece una descortesía por su parte.

4. Comida preparada para llevar y servida en una caja o recipiente de plástico.

5. Diminutivo coloquial.

6. Pollo frito servido con una salsa a base de soja y azúcar.